

LAS PRIMERAS EN ANUNCIARLO.

Introducción. Los relatos del Evangelio que nos hablan de las primeras personas a las que Jesús se apareció, nos muestra con insistencia que fue a las mujeres. En un mundo, tanto en aquel momento como en la actualidad, que en muchos casos sigue siendo dominado por hombres. Jesús quiso que fueran ellas las protagonistas del anuncio de la Buena Noticia. ¿Por qué esa decisión? ¿Por qué hemos creado una relación de dominio? Seguramente por la fuerza física superior de los hombres frente a las mujeres. Y seguro por la falta de mirar la realidad con los ojos de Jesús.

«Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a ungiarlo. El primer día de la semana, muy temprano, cuando amanecía, llegaron al sepulcro. Se decían: ¿Quién nos moverá la piedra de la entrada del sepulcro? Alzaron la vista y observaron que la piedra estaba movida. Era muy grande. Al entrar al sepulcro, vieron un joven vestido con un hábito blanco, sentado a la derecha; y quedaron sorprendidas. Les dijo: No os espantéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. No está aquí, ha resucitado. Mirad el lugar donde lo habían puesto. Id ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea. Allí lo verán, como les había dicho. Ellas salieron huyendo del sepulcro, temblando y fuera de sí. Y de puro miedo, no dijeron nada a nadie. El primer día de la semana por la mañana resucitó Jesús y se apareció a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. Ella fue a contárselo a los suyos, que estaban llorando y haciendo duelo. Ellos, al escuchar que estaba vivo y se le había aparecido, no le creyeron» (Mc 16,1-11).

Sin embargo, Jesús rompe con todo eso y pone a la mujer a la misma altura que el hombre, elige aparecerse a ellas. La intuición de las mujeres y el afecto tan fuerte que tienen, las llevó a seguir yendo al sepulcro, cuando ninguno de los discípulos fue. Hay algo en la forma de amar de las mujeres que revela la entraña femenina del amor de Dios. Su fidelidad, su totalidad, su generosidad impresionaron a Jesús a lo largo de su vida, comenzando por su madre María. La mujer tiene una capacidad innata en salir de sí misma y estar disponible para los demás. No viven centradas en ellas. Son las que en el evangelio más se dejan modelar por el amor de Jesús.

Lo que Dios nos dice. «Los letrados y fariseos le presentaron una mujer sorprendida en adulterio, la colocaron en el centro, y le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La Ley de Moisés ordena que dichas mujeres sean apedreadas; tú, ¿qué dices? –decían esto para ponerlo a prueba, y tener de qué acusarlo. Jesús se agachó y con el dedo se puso a escribir en el suelo. Como insistían en sus preguntas, se incorporó y les dijo: Quien de vosotros esté sin pecado tire la primera piedra. De nuevo se agachó y seguía escribiendo en el suelo. Los oyentes se fueron retirando uno a uno, empezando por los más ancianos hasta el último. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí de pie en el centro. Jesús se incorporó y le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella contestó: Nadie, señor. Jesús le dijo: Tampoco yo te condeno. Ve y en adelante no peques más» (Jn 8,3-11).

Dios nos ha hecho mujeres y hombres, y en la reciprocidad y en la acogida de lo propio de cada género está la riqueza del compartir. La mujer intuye cosas que a veces otros no ven. Y les hace adelantarse y anticiparse cuando otros no se mueven. Los discípulos de Emaús no creyeron a las mujeres y se fueron. Incluso seguramente les molestaría lo que dijeron, porque si les creían tenían que enfrentarse a lo que les daba miedo. Ellos necesitaron encontrarse con Jesús para entender lo que las mujeres le dijeron. Para que les diera la fuerza. Necesitaron ver para creer, ellas creían con la certeza que da la confianza en las promesas de Jesús. Las mujeres a veces callan lo que piensan, pero saben esperar y el tiempo les da la razón. Sólo lo hablan con las personas que realmente les importan, a las que quieren con todo el corazón. Jesús era una de ellas. Sabemos que su firmeza y su vehemencia a veces duele, pero la intención casi siempre es por hacer un bien. Lo que te dicen no es mentira pero nos tenemos que encontrar con Jesús para que sea Él el que nos lo diga. **«Seis días antes de la Pascua Jesús fue a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado de la muerte. Le ofrecieron un banquete. Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. María tomó una libra de perfume de nardo puro, muy costoso, ungió con ello los pies a Jesús y se los enjugó con los cabellos. La casa se llenó del olor del perfume. Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo iba a entregar, dijo: ¿Por qué no han vendido ese perfume en trescientos denarios para repartirlos a los pobres? –lo decía no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón; y, como llevaba la bolsa, sustraía de lo que ponían en ella–. Jesús contestó: Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura» (Jn 12, 1-7).**

Cómo podemos vivirlo. Aprendamos de la alegría espontánea que nace del corazón agradecido. Que nos dejemos invadir por el anuncio de tantas mujeres que con su entrega y generosidad siguen anunciando que Jesús vivo, que hay razones para la esperanza, que tenemos motivos para creer en el poder del amor resucitado y que nos resucita.